

La continuidad en un mundo cambiante. Validez de los principios de la Carta de Venecia.

Alfredo Conti¹

1. Introducción. Un mundo cambiante

En el marco temático de este Seminario, referido a la reflexión acerca de los nuevos paradigmas de la conservación del patrimonio en ocasión del quincuagésimo aniversario de la Carta de Venecia, se me ha solicitado una intervención en la sesión “Continuidad histórica y doctrinal”. La primera reflexión que vino a mi mente en relación con el título de la sesión fue cómo sería posible hablar de continuidad ante la evidencia de un mundo que ha cambiado notablemente durante los últimos cincuenta años y, a partir de tal constatación, en qué medida son válidos hoy los principios establecidos por el documento cuyo medio siglo celebramos.

Hacer una referencia, aunque sucinta, a los cambios ocurridos en el mundo entre 1964 y la actualidad excedería los alcances de estas notas. Basta recordar, de todos modos, que los inicios de la década de 1960 corresponden aún, para muchos países, al período de posguerra, en el que se estaban completando las reconstrucciones de los desastres dejados por la conflagración. El orden mundial se basaba en la preeminencia de las dos súper potencias y la guerra fría mantenía en vilo a buena parte de la humanidad. Se confiaba, de todos modos, en un progreso creciente como resultado de los avances de la ciencia y la tecnología, lo que se haría evidente en una de las cruzadas típicas del momento como fue la conquista del espacio y la llegada del hombre a la luna en 1969.

Durante las décadas posteriores se dieron cambios notables, respecto a la de 1960, en aspectos políticos, económicos, sociales y culturales. La crisis del petróleo en los 70, el nuevo orden mundial surgido a fines de los 80 con la caída del muro de Berlín y el colapso de la Unión Soviética, el advenimiento de un pensamiento y de una cultura denominados “posmodernos”, el avance del neoliberalismo en los 90, el anuncio del fin de la historia y la globalización entre los dos siglos y el surgimiento de potencias emergentes son algunos síntomas de este cambio permanente al que alude el título de estas notas. Cabe mencionar asimismo los notables cambios sociales y culturales que

¹ Investigador en la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires. Vicepresidente de ICOMOS.

se observan a escala global impulsados por los avances tecnológicos; el avance de las TICs modificaron notablemente los modos y hábitos de generar, distribuir y consumir información, de conectarnos y comunicarnos en un mundo en que realidad y virtualidad parecen por momentos fundirse en una única entidad.

Resulta asimismo hacer mención a los cambios que se han verificado en el campo del pensamiento, sobre todo a partir de la irrupción de la denominada “postmodernidad” en la década de 1970. Para ello, haremos mención a dos textos que consideramos significativas en los cambios de paradigma respecto a la posibilidad de un pensamiento único de validez universal; por un lado, *“La condición posmoderna”* de Jean-François Lyotard, cuya primera edición en lengua original data de 1979, y, por otro *“El fin de la modernidad”* de Gianni Vattimo, publicado en 1985. Un aspecto en común de ambas obras es la constatación, por parte de los autores, de la ruptura de los grandes relatos de validez universal, los “metarrelatos” en el lenguaje de Lyotard, y su reemplazo por una pluralidad de relatos o discursos parciales, sostenidos por grupos en ocasiones minoritarios en el conjunto de la sociedad y además por un tiempo finito. En este esquema, el hombre moderno y universal es sustituido por la identidad de pequeños grupos que poseen una visión fragmentada de la realidad.

En este contexto de un mundo en un proceso acelerado de cambios, es entendible que la humanidad se interrogue acerca de su futuro. Es interesante, en este aspecto, verificar los debates que se están dando en la actualidad alrededor del concepto de desarrollo sostenible y no llama la atención que el documento de base para la revisión, en 2015, de los objetivos del milenio de Naciones Unidas lleve por título “El futuro que todos queremos”. En el corazón de la idea de un desarrollo deseable para la humanidad se ubican los conceptos de derechos humanos, equidad, paz y seguridad y sostenibilidad, incluyendo ésta las dimensiones ambiental, económica y social inclusivas.

2. Los desafíos actuales del patrimonio

Así como ha habido cambios notables, durante los últimos cincuenta años, en los campos políticos, económicos y sociales, se verifica también una evolución del concepto de patrimonio. La Carta de Venecia se hacía eco, en su momento, de una visión amplia al establecer que la noción del “monumento” está referida no sólo a las grandes creaciones sino también a las obras modestas que han adquirido, con el tiempo, un significado cultural y al poner el acento en la condición de “testimonio”.

Al adoptarse la Convención del Patrimonio Mundial en 1972, además de reunirse en un mismo documento al patrimonio cultural y natural, la categoría de “sitios”, incluida en el primero, hace referencia, entre otros aspectos, a la “obra conjunta entre el ser humano y la naturaleza”, anticipando la incorporación de nuevos tipos, como los paisajes culturales a principios de la década de 1990. Con la noción de paisaje cultural, el patrimonio alcanzó una escala territorial a la vez que la inclusión de componentes de naturaleza diversa, conjugando lo natural y lo cultural, lo material y lo inmaterial. Algo similar ocurrió unos años más tarde con la noción de “itinerario cultural”, desarrollada en el seno del ICOMOS a lo largo de la década de 1990 y primeros años del presente siglo hasta la adopción de la respectiva Carta en 2008. Los itinerarios pueden alcanzar una escala continental, como la Ruta de la Seda, o aun intercontinental, incluyendo a su vez los más diversos y variados componentes.

El creciente interés por el patrimonio cultural inmaterial tuvo su culminación en 2003 con la adopción de la Convención UNESCO dedicada a su salvaguardia. En síntesis, podemos afirmar que la noción actual de patrimonio implica un sistema complejo de componentes naturales y culturales, materiales a inmateriales, los que se encuentran en íntima y dinámica relación entre ellos. Ese conjunto de bienes que, en palabras de Llorenç Prats, se convierte en referente simbólico de la identidad cultural de una comunidad, implica a la vez la confluencia de las visiones y escalas de valores de diferentes actores sociales. La conceptualización, identificación y valoración del patrimonio ha excedido el campo restringido de los expertos para incluir actualmente a toda la gama de actores; de ahí que constituya un territorio de acuerdos sociales en el que se ponen en evidencia, a la vez, conflictos y visiones encontradas.

Parece evidente que un patrimonio complejo en un mundo complejo y cambiante se encuentre sometido a permanentes acuciantes desafíos. Las causas naturales de deterioro de los componentes materiales del patrimonio se ven acentuadas frecuentemente por los efectos del cambio climático global; la preparación y gestión de los riesgos aparece como un tema prioritario en muchas regiones del mundo. Las denominadas “presiones debidas al desarrollo”, como las operaciones de construcción de grandes infraestructuras y equipamientos, generan perturbaciones no sólo en relación a los bienes patrimoniales en sí mismos, sino también en cuanto a los impactos visuales que se generan sobre áreas urbanas y rurales. Es necesario tener también en cuenta lo que podríamos las “presiones debidas a la falta de desarrollo”, como la negligencia o la falta de recursos suficientes y adecuados para la

preservación del patrimonio, lo que hace que, en muchos países, bienes patrimoniales se encuentren sometidos a un proceso paulatino de degradación y deterioro (Figura 1).

Mención aparte merece, entre los desafíos, el crecimiento del turismo a escala global durante las últimas décadas. El turismo de masas “consume” patrimonio, cuyos valores y significados son en ocasiones banalizados o no comprendidos adecuadamente por los visitantes. La capacidad de carga de los sitios patrimoniales se ve con frecuencia excedida, lo que genera deterioro de los sitios y experiencias no satisfactorias para quienes los visitan. La irrupción de los grandes cruceros genera impactos claramente negativos en la integridad de los sitios, lo que se hace evidente, por ejemplo en el caso de la ciudad de Venecia. (Figura 2)

Ante esta situación y en el marco temático que estamos desarrollando, caben algunas preguntas, que guiarán las reflexiones que siguen: ¿Es posible en un mundo en cambio permanente pensar en una continuidad (validez) de los principios teóricos y doctrinarios establecidos en la Carta de Venecia? ¿Es posible pensar en un documento que tenga validez universal y que pueda atender a la diversidad de situaciones a que se enfrenta el patrimonio? ¿Qué aspectos deberían contemplarse en la definición de un nuevo paradigma de conservación del patrimonio?

3. La Carta de Venecia en su contexto histórico

El sentido de este apartado no es hacer un análisis crítico de las circunstancias en que la Carta de Venecia fue gestada sino, más bien, presentar un cuadro sucinto de situación que contribuya a comprender el documento en su contexto. La adopción de la Carta de Venecia supuso la culminación y síntesis de décadas de reflexión y de práctica en el campo de la conservación y restauración de monumentos históricos. Desde principios del siglo XX, en Italia se había buscado una posición teórico doctrinaria equidistante de las dos escuelas de pensamiento que habían caracterizado al siglo XIX, la inglesa, representada principalmente por las ideas de John Ruskin, y la francesa, centrada en el pensamiento y la obra de Eugène Emmanuel Viollet-le-Duc.

La influencia de Viollet-le-Duc había sido notoria en intervenciones en monumentos a través de restauraciones que hoy calificaríamos de abusivas, de supresión de partes que habían sido agregadas a lo largo del tiempo y que formaban parte de la historia de los monumentos y de intervenciones hipotéticas basadas en la búsqueda de la unidad

formal y estilística. En Italia había un antecedente importante con las figuras de Giuseppe Valadier y Raffaele Stern, que, en sus intervenciones de la primera mitad del siglo XIX, sintetizadas en la expresión “restauro arqueológico”, anticipaban posturas que serían propias del siglo XX, como el respeto por las partes auténticas y la diferenciación entre los componentes originales de los monumentos y los agregados por exigencias de consolidación o completamiento formal. Entre fines del siglo XIX y principios del XX, los principios teóricos de Camillo Boito y de Gustavo Giovannoni se orientaban a una postura equidistante de las escuelas inglesa y francesa; estos enfoques en los que se buscaba limitar y controlar la influencia de las restauraciones estilísticas quedaron plasmados en documentos como la Carta de Atenas de 1931 y la primera Carta Italiana del Restauro del mismo año.

Un hecho tan traumático como la Segunda Guerra Mundial obligó, no obstante, a repensar no sólo los principios teóricos y operativos de la restauración de monumentos sino la reconstrucción de áreas urbanas enteras que habían sido destruidas por los bombardeos. En este campo, la diversidad de respuestas de los años de posguerra se hace evidente en un arco que va desde las posturas más radicalizadas del Movimiento Moderno hasta los principios con que se encaró la reconstrucción de casos como el centro histórico de Varsovia o la ciudad de Le Havre.

El primer congreso de arquitectos y técnicos en restauración de monumentos históricos que tuvo lugar en París en 1957 se dio en el momento en que Europa se encontraba aún en plena etapa de reconstrucción. Los siete años pasados hasta el segundo, que tuvo lugar en Venecia en 1964, no sólo brindaba la oportunidad de incorporar la intensa reflexión y práctica de los últimos años sino también la experiencia de profesionales provenientes de otros contextos geográficos culturales, que, en algunos casos, no habían pasado inclusive por el flagelo de la destrucción causada por la guerra.

Sin entrar en los detalles de la redacción del texto de la Carta, que ha sido relatado en varias oportunidades por sus protagonistas, parece posible expresar que el documento se orienta básicamente a establecer una respuesta ética y doctrinaria a los problemas específicos con que se enfrentaron los profesionales de la conservación y la restauración en la posguerra; se trata de un documento redactado por expertos y dirigido a expertos, en el que no se tratan aspectos referidos a la gestión del patrimonio, sino más bien específicos de la filosofía de las intervenciones.

Al analizar a cincuenta años el documento y las circunstancias de su origen, cabe preguntarse si se lo concibió como una guía de validez universal y, además, inmutable al paso del tiempo. En un texto redactado en ocasión del trigésimo aniversario de la Carta, el mismo Raymond Lemaire parece dar una respuesta a ese interrogante, cuando, de manera casi irónica, comienza su texto diciendo que los documentos doctrinarios están frecuente y fácilmente tintados de un acento de eternidad, para pasar luego a describir su asombro ante el éxito y difusión que tuvo la Carta. Todo esto permitiría afirmar que la Carta fue un producto específico de su tiempo y fuertemente orientado a dar respuestas a los requerimientos de una región cultural específica, Europa. De modo de verificar la posibilidad de su vigencia en la actualidad, en un contexto mundial y patrimonial sustancialmente diferente, tomaremos a continuación algunos aspectos del documento. .

4. La noción de monumento

Si bien la palabra “patrimonio” es utilizada en el preámbulo de la Carta, la definición del objeto al que está dedicada es “monumento”. Resulta interesante, de todos modos, que lo que la Carta establece como constituyente esencial del mismo es su carácter de testimonio, ya sea de un momento preciso de la historia o de una cultura particular. A esto se agrega la famosa frase de que tal noción comprende no sólo a las grandes creaciones sino también a las obras modestas, lo que abría la puerta a la consideración en el universo patrimonial de tipos de bienes que habían sido escasamente considerados en la categoría de monumentos históricos, como los provenientes, entre otros, de la arquitectura vernácula o de la industrial.

Se ha expresado frecuentemente que una posible carencia en la Carta es su mención a sitios arqueológicos o a áreas urbanas, a los que se dedica un artículo respectivamente para mencionar algunos principios generales para las excavaciones o el tratamiento de sitios. Si bien en estos artículos se introducen algunas ideas fundamentales -por ejemplo el tema de las reconstrucciones en el artículo dedicado a las excavaciones- es cierto que el patrimonio urbano está apenas esbozado en el documento. Es necesario reconocer que, más allá de los casos citados de reconstrucción en la posguerra, las intervenciones de conservación a escala urbana se encontraban entonces en una etapa inicial, con casos como el Marais o Bologna, que resultarían paradigmáticos en cuanto a los enfoques teóricos y operativos.

Volviendo a la noción de “monumento”, término utilizado en la Carta de Venecia, podemos expresar que su uso sigue siendo vigente, teniendo en cuenta, en primer lugar, la etimología del término, derivado del verbo latino “monere”, advertir. El monumento nos advierte, nos recuerda, y en este sentido se puede citar las palabras de Cicerón, cuando en el siglo I aclaraba que *“el monumento no se define por su forma o por su escala sino por su capacidad de recordarnos algo”*. A principios del siglo XX, Alois Riegl, en su famoso texto sobre el culto moderno a los monumentos, proponía, entre los valores asignados a los mismos, el “valor rememorativo intencional”, término a través del que establece que el monumento nos recuerda un momento de la historia y por eso hacemos esfuerzos para detener la acción del tiempo. A principios de la década de 1990, Françoise Choay explicaba el camino recorrido desde la concepción de monumento de la antigüedad clásica hasta la construcción del concepto de “monumento histórico”, que sitúa en relación con la cultura del Renacimiento.

Lo que queda claro es que, aunque hoy preferimos la palabra patrimonio y la condición de monumental está generalmente reservada a los edificios o conjuntos edilicios que presentan valores significativos históricos y artísticos, la Carta de Venecia consagró la posibilidad de ampliación del acervo patrimonial de los pueblos a través de la incorporación de las obras modestas. La creación “intencional” del bien patrimonial, tomando la palabra de Riegl, se traduce a fines del siglo XX en la noción del patrimonio como “construcción social”, lo que, en la clara síntesis que proponía Llorenç Prats en 1997, implica que el mismo es una creación humana, que no ha existido en todas las épocas ni en todas las culturas.

Las señaladas carencias de la Carta de Venecia en cuanto a la consideración de categorías y tipos patrimoniales más allá de las obras arquitectónicas monumentales, fueron respondidas a través de una serie de textos específicos emanados del ICOMS entre las décadas de 1990 y 2000, que se basan, en sus principios esenciales, en el documento de Venecia: jardines históricos (elaborada conjuntamente con IFLA, 1982), ciudades históricas (1987, revisada en 2011), patrimonio arqueológico (1990), patrimonio subacuático (1996), estructuras históricas de madera (1999), patrimonio construido vernáculo (1999), pinturas murales (2003), itinerarios culturales (2008) y patrimonio industrial (principios ICOMOS-TICCIH, 2011). En estos textos sobrevuela, como piedra filosófica angular, el espíritu de la Carta de Venecia.

5. Los principios de intervención

En forma previa a comentar la posible validez de los principios establecidos por la Carta de Venecia, cabe hacer un comentario acerca de un aspecto del documento que ha sido expuesto en las reflexiones y las discusiones: su aparente voluntad de establecer principios de validez universal. Las discusiones acerca de cómo interpretar la noción de autenticidad, que serán tratadas más adelante, son quizás el mejor ejemplo. Cabe recordar, al respecto, que la necesaria adaptación a contextos geográficos y culturales específicos está contemplada en el Preámbulo del documento, cuando se especifica que es esencial que los principios que deben presidir la conservación y la restauración de los monumentos sean establecidos de común y formulados en un plan internacional *“dejando que cada nación cuide de asegurar su aplicación en el marco de su propia cultura y de sus tradiciones”*.

Pasados los artículos iniciales, referidos principalmente a la definición y alcance del término “monumento”, la Carta de Venecia dedica cinco artículos, del 4 al 8, a la conservación. Se trata de recomendaciones sencillas, de fácil comprensión, de las que es posible expresar que todas ellas son válidas hoy. La mención al mantenimiento como primera acción de la conservación sigue teniendo la misma validez que en el momento en que fue formulada; es común notar cómo la falta de un mantenimiento adecuado, constante y sistemático es la causa que lleva, con el tiempo, al deterioro, a veces irreversible, de los componentes materiales de los bienes patrimoniales. (Figura 3)

En lo que concierne a la “función útil a la sociedad” reclamada en el artículo 5 de la Carta, tiene validez, aunque caben reflexiones acerca de qué podemos considerar, en el contexto actual, una función útil. En el marco de la citada concepción del patrimonio como construcción social, la misma designación o reconocimiento de un bien como componente de un patrimonio cultural es de por sí una función útil, ya que, volviendo a la definición etimológica, el monumento nos recuerda y nos advierte, con lo que, independientemente del uso a que esté afectado, lo hace cumplir una función. Si se piensa en sentido más utilitario o práctico, hoy en día son abundantes los ejemplos de edificios que, imposibilitados de continuar con su función original porque la misma ha cambiado en el tiempo o aun desaparecido, son afectados a nuevos usos, acordes a exigencias y necesidades del presente, adecuadas a las características físicas y en un marco de salvaguardia de los atributos que transmiten los valores por los que el bien es reconocido como patrimonio. Quizás la función a que se destinará un bien

patrimonial deba ser motivo de reflexión adicional, la que se puede enmarcar en los conceptos actuales de desarrollo sostenible.

La relación entre el monumento y su entorno, de la que se habla en el artículo 6, tiene quizás una vigencia mayor hoy que en la época de su enunciación, habida cuenta de los proyectos de “desarrollo” encarados en muchas ciudades, por los que, aun conservando los edificios patrimoniales en condiciones aceptables, se modifica drásticamente su contexto físico generando impactos visuales que ponen en riesgo partes de sus valores. (Figura 4)

Caben también reflexiones acerca de los cinco artículos, 9 a 13, dedicados a la restauración. Resultan principios válidos, más allá de que algunos deban ser interpretados en el marco de contextos culturales y tradiciones específicas. En este sentido, resulta ejemplar la discusión encarada a principios de la década de 1990 acerca de la noción de autenticidad, que culminara con la reunión de expertos realizada en Nara en 1994 y con el documento surgido de la misma. Tal como lo establece el documento de Nara, incorporado en las *Directrices Prácticas para la aplicación de la Convención del Patrimonio Mundial* a partir de la edición de 2005, la autenticidad debe ser definida en el marco de contextos culturales específicos y no se basa sólo en la persistencia de componentes materiales, como sugiere la Carta de Venecia, sino también en inmateriales, como los usos y vocaciones, la asociación con prácticas sociales y modos de gestión tradicionales y con componentes de un patrimonio cultural inmaterial.

La reflexión acerca de las técnicas de intervención tradicionales mencionada en el artículo 10 de la Carta de Venecia tiene hoy también plena vigencia. Más allá de la posibilidad del uso de materiales y técnicas constructivas modernas, se reconoce que la transmisión de saberes y de técnicas tradicionales constituye en sí componentes de un patrimonio cultural inmaterial. De ahí la importancia de fomentar la persistencia de tales conocimientos y su transmisión de generación en generación.

Ya se hizo referencia a la mención escueta que aparece en la Carta de Venecia acerca de los sitios urbanos bajo el rótulo de “sitios monumentales” en el artículo 14. Más allá de lo ya expresado, este tipo de bien patrimonial constituye en la actualidad uno de los más problemáticos para su conservación y gestión y se hace evidente que la recomendación general de la Carta de salvaguardar su integridad y asegurar su saneamiento, tratamiento y realce resulta insuficiente para los desafíos y amenazas

que hoy enfrentamos. Cabe recordar que, además de los factores de riesgo derivados del “desarrollo” (tomando la palabra en el sentido, limitado por cierto, de proyectos de nuevas estructuras urbano-arquitectónicas para satisfacer necesidades actuales) debemos sumar, sobre todo en contextos como el latinoamericano, lo que podríamos denominar “falta de desarrollo” o falta de recursos financieros suficientes para la intervención a escala urbana. Es común observar en nuestra región conjuntos urbanos que se encuentran en un proceso de deterioro paulatino por la falta de acciones de mantenimiento y falta de conservación dado que no se afecta a tales acciones los recursos necesarios. En el campo conceptual, documentos posteriores a Venecia, como la Carta de ICOMOS sobre ciudades históricas de 1987 y su actualización de 2011, o recomendaciones de UNESCO como la de 1976 o la más reciente sobre el paisaje urbano histórico, de 2011, generan un corpus conceptual que llena los vacíos no contemplados en el documento de Venecia.

El tema de las reconstrucciones, incluido en el documento de Venecia en relación con las excavaciones, es un punto de debate acuciante en la actualidad, limitado no sólo al patrimonio arqueológico. Estamos asistiendo a casos en que edificios desaparecidos por diversos motivos son reconstruidos, en ocasiones con formas o dimensiones que no siguen exactamente al original. La importancia y urgencia de esta cuestión merece y reclama de un profundo debate. (Figura 5)

6. Conclusiones. ¿Hacia un nuevo paradigma?

Una de las preguntas que se anunciaron como guías de este texto consiste en dilucidar si, ante la eventual caducidad de la Carta de Venecia, sería necesario en la actualidad definir un nuevo paradigma de la conservación del patrimonio. Una de las primeras cuestiones que surgen, al intentar una respuesta, es si ante la verificación del fin de los grandes relatos de validez universal, anunciados en los textos teóricos en que se funda la posmodernidad, sería posible, o aun válido, pensar en un único paradigma, o si más bien se debería pensar en enfoques en plural, de modo que quepan, en una corriente de pensamiento teórico, la posible multiplicidad de visiones que, desde la consideración por la diversidad cultural, son tomadas como un valor positivo.

Tal como se trató de señalar en las secciones precedentes, la mayoría de los principios que establece la Carta de Venecia resultan aplicables aún hoy. Quizás en su

síntesis y en la claridad de la exposición, abierta a interpretaciones y adaptaciones, está el enorme éxito que el documento ha gozado a lo largo de cincuenta años. En base a los conceptos de Thomas Kuhn, es posible expresar que la Carta constituyó un paradigma en el sentido que se trata de un conjunto de prácticas que definen una disciplina científica, en este caso la conservación y restauración de monumentos y sitios, durante un período específico. Kuhn define a los paradigmas como una serie de realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica. La crisis sería, en su postura, una condición previa y necesaria para el nacimiento de nuevas teorías; en ese caso se debilitarían las reglas de resolución normal de enigmas en modo que, eventualmente, permiten la aparición de un nuevo paradigma. Imre Lakatos, por su parte, introduce la noción de “núcleo duro”, en el sentido de teorías centrales que los científicos están dispuestos a sostener, en tanto que un cinturón protector de ese núcleo incluye una serie de hipótesis auxiliares que protege la refutación de la teoría central, lo que permite un avance en la investigación sin que la misma se ponga en duda.

En el año 1964, la Carta de Venecia estableció una serie de principios teórico-doctrinarios para las intervenciones de conservación y restauración de monumentos y sitios. Si bien sus mismos autores reconocieron que no trataban de establecer un dogma que fuera de validez universal y de carácter inmutable, el documento sirvió de guía a expertos y profesionales durante medio siglo. Aquello que no estaba dicho en la Carta de Venecia fue apareciendo, paulatinamente, en una serie de documentos referidos tanto a categorías y tipos patrimoniales específicos como a aspectos de la gestión. En su conjunto, esa serie de documentos constituye hoy un corpus teórico y una guía operativa para la acción.

Siguiendo el lenguaje de Kuhn y Lakatos, podemos expresar que el paradigma establecido por la Carta de Venecia puede considerarse en la actualidad un núcleo duro de la teoría de la conservación y la restauración, en tanto que las señales de crisis pueden contribuir a definir un cinturón protector para actuar frente a situaciones para las que la Carta de Venecia, y los documentos emergentes, parezca no dar las respuestas adecuadas. ¿Qué consideraciones deberían ser tenidas en cuenta para la definición de tal cinturón? En la actualidad, podemos considerar al patrimonio como un sistema dinámico integrado por componentes culturales y naturales, materiales e inmateriales. En su construcción, que incluye la identificación de tales componentes y los valores asignados a los mismos, confluyen, conviven y entran en conflicto visiones

de actores sociales diversos. El sentido de proteger y gestionar un patrimonio está vinculado con la preservación de la identidad cultural de una comunidad determinada y con contribuir al desarrollo integral de la misma, teniendo en cuenta los pilares de los derechos humanos, la equidad y la sostenibilidad social, ambiental y económica.

Los expertos y profesionales que intervienen en el campo de la conservación del patrimonio constituyen uno de los actores, pero no los únicos y, en ocasiones, quizás tampoco los más importantes del proceso. Para ellos, los principios de la Carta de Venecia pueden en la actualidad continuar como una guía teórica para la acción; parece necesario, en cambio, definir aspectos vinculados con la acción de otros actores y con los modos de llevar a la práctica principios teóricos acerca de la función social y económica del patrimonio. Quizás sea en esos campos donde, con mayor urgencia, se deba reflexionar y proponer nuevos paradigmas.

Referencias bibliográficas

AA VV (1994), *The Venice Charter 1964-1994 / La Charte de Venise 1964-1994*. ICOMOS Scientific Journal / Journal Scientifique N° 4. Paris, ICOMOS.

Choay, F. (1992), *L'allégorie du patrimoine*. Paris, Seuil.

Erder, C. (1986), *Our architectural heritage: from consciousness to conservation*. Paris, UNESCO.

Kuhn, T. S. (1970), *The Structure of Scientific Revolutions*, 2nd Ed., Univ. of Chicago Press, Chicago & London.

Lakatos, I., (1993) *La metodología de los Programas de investigación científica*. Madrid, Alianza. .

Lemaire, R. (1995), *A propos de la Charte de Venise*. The Venice Charter 1964-1994, op.cit.

Lyotard, Jean-François (1979), *La condition postmoderne: rapport sur le savoir*. Paris: Minuit.

Petzet, M. (Ed, 1994), *International charters for conservation and restoration / Chartes internationales sur la restauration et la conservation / Cartas internacionales sobre la conservación y la restauración*. Monuments and Sites I. Paris, ICOMOS.

Prats, L. (1997), *Antropología y patrimonio*. Barcelona, Ariel.

Vattimo Gianni, (1985), *La fine della modernità*. Milán, Garzanti.

Ilustraciones

Créditos: Todas las fotografías fueron tomadas por el autor del texto.

Epígrafes:

Figura 1. Conjuntos urbanos deteriorados por la falta de acciones de conservación y no afectación de recursos.

Figura 2. El patrimonio monumental como objeto de consumo turístico.

Figura 3. La falta de mantenimiento adecuado como primer factor de deterioro del patrimonio.

Figura 4. El impacto visual de desarrollos en el entorno de sitios monumentales.

Figura 5. Reconstrucción de monumentos, la mezquita en el Kremlin de Kazán, concluida en 2006.